

LECCIÓN DE HISTORIA

MANUEL ALBERTO SÁNCHEZ PÉREZ
ORIENTADOR IES JARDÍN
MÁLAGA



Durante buena parte de la historia de la educación, los defensores de la escuela segregacionista han sido mayoría. Según esta tendencia, la escuela debía ser diferenciada. La idea es que cada niño o cada niña debía rodearse de compañeros y compañeras de similares características en la creencia de que, de esta forma, su rendimiento académico sería superior. De hecho, las primeras escuelas que se crearon estaban claramente diferenciadas, tomando como elemento vertebrador el nivel académico de salida, hecho que poco a poco fue derivando, más bien, en el nivel económico y social de las familias. Estas escuelas garantizaban cierta excelencia, a pesar de que este término se acuñara más tarde, en la seguridad de que con niños y niñas con buenas capacidades y con familias competentes detrás, saldrían adolescentes con alto nivel académico y provechosos hombres y mujeres de futuro. Y si, por cualquier cuestión, se colaba un niño

o niña que no cuadrara en esa filosofía, ya se cuidaría el centro de arbitrar las medidas para buscarle alojamiento en otro lugar más adecuado a sus carencias. Que existen clases, caramba. Son centros que, hoy en día, tienen una clientela incondicional. Curiosamente, buena parte de sus acérrimos son padres y madres que trabajan en la educación pública. E incluso algún que otro catedrático de Ciencias de la Educación de los que se le llenan la boca de elogios a la escuela pública, acaban llenando las arcas de estos centros segregacionistas con la promesa de que sus retoños no se junten con el alumnado que no sea de posibles. Como decía Buñuel, ¿qué haríamos sin nuestras contradicciones?

También se crearon centros para otro tipo de alumnos y alumnas cuya clase social le impedía entrar en las anteriores. Así, en barrios marginales aparecieron colegios-gueto, suficientes para enseñar principios básicos a hijos e hijas de ciudadanos sin recursos. Los huérfanos tenían sus propias escuelas, con dotaciones humanas y

materiales justas, ya que no debían preocuparse por aparentar delante de padres y madres. Aun hoy perviven estas escuelas. En la localidad donde trabajo, Málaga, un muro divide los patios de dos centros escolares sostenidos con fondos públicos en el céntrico barrio de la Victoria. En teoría, el alumnado debe ser el mismo, pues se nutrirían de los barrios de la zona. En la práctica, por una razón que se me escapa, a los sucesores de San Marcelino Champagnat les ocurre como a los listos que aportaban el balón de reglamento a los partiditos de la calle: son los que eligen. Por esta regla de tres, yo jugaría inevitablemente en Nuestra Señora de Gracia.

Y poco a poco fue surgiendo la necesidad de escolarizar al alumnado con diversidad funcional, por supuesto en centros aparte, con unas características más cercanas a lo meramente asistencial que a lo educativo. Con mucha lucha se consiguió que pudieran acudir a centros ordinarios, primero en unidades de integración y más tarde en aulas integradas. Dependiendo del centro, podemos encontrar aulas de apoyo a la integración que funcionan como aulas específicas. Y, afortunadamente, también viceversa. Pero que levante la mano el que no haya escuchado en una sesión de evaluación ese mantra que dice que un alumno o una alumna con alguna discapacidad puede enlentecer el ritmo de la clase. Y quién no convive con un estajanovistas del complemento directo, de las derivadas, o del listening que nos dice eso de "tengo que pensar en los otros veintinueve".

También tuvieron éxito los colegios para niños y los colegios para niñas, sabedores los segregacionistas de las "diferencias insalvables" que existen entre unos y otros. Y lo peligroso que resulta que, a ciertas edades, chicos y chicas se sienten juntos en una clase y compartan roces, olores e intercambio de hormonas. Y, de una forma o de otra, han proliferado centros de enseñanza diferenciados, bien bendecidos desde altas esferas eclesiásticas y con una buena demanda de determinadas familias. Son esos centros en que los alumnos aprenden que

el feminismo es lo contrario que el machismo, e incluso más peligroso que éste.

Lo último ha sido el bilingüismo. Bajo esta equívoca etiqueta se ha desarrollado en mi comunidad autónoma, Andalucía, un plan que pretende vender a las familias y a todo pardillo que lo quiera comprar, otro experimento segregador, con idea de que haya alumnado bilingüe y no bilingüe; otra vez la segregación y la separación entre alumnado de primera y de segunda (y, por supuesto, profesorado de primera y de segunda). Si, como dice la RAE, bilingüe es una persona que habla o emplea dos lenguas con igual perfección, ¿podemos utilizar esta etiqueta para alumnos y alumnas que utilizan una segunda lengua en unas concretas horas de unas concretas áreas? ¿No es más bien otra coartada de la hipocresía de un sistema educativo que, en el fondo, prefiere apostar más por arriba que por abajo? Conocí a un inspector de educación que se doctoró en filología inglesa y residió varios años en el extranjero. Pues esta persona no se reconocía bilingüe, pues según comentaba jocosamente "le faltaba vocabulario". O qué decir del gran Johan Cruiff, que en paz descansa, que después de cuarenta años en España todavía decía sentir la gallina en piel. Un crack, sí, pero no una persona bilingüe.

Mirándolo bien, esta tendencia a la segregación, a agrupar por iguales, tiene sus ventajas. Si tenemos una clase exclusiva para zurdos, podremos utilizar sin ningún problema esas horribles e incómodas sillas de un solo brazo sin temor a que la clase parezca un edificio de Oscar Niemeyer. Si hacemos una clase solamente para alumnado con alta estatura, no tendremos que poner ayudas para el salto del potro en la hora de educación física. Un centro solo para alumnado del atletismo nos facilitaría la elección de uniforme, rojiblanco por supuesto, además de garantizar una educación basada en el sufrimiento. Y si hacemos una clase solo para niños, varones ellos, no tendremos que estar continuamente con la pesada cantinela niños y niñas, como le ocurre al que esto escribe.



Claro que esta idea tiene su trasfondo en la creencia de que las personas, desde su más tierna infancia, han de recibir una educación distinta porque distintos son los fines que se han destinado a cada uno de los grupos del que forman parte. El caso más claro podrían ser los defensores de una educación segregada para niños y niñas: el fin último de esta opción no es otra que pensar que la educación de las niñas debe basarse en unos objetivos, contenidos e incluso una metodología diferente para adaptarse a sus diferencias de los niños, pensando en que las funciones de las mismas en la vida y en la sociedad serán otras a los de sus vecinos con pelos en las piernas. Como si hubiera una didáctica con testosterona y otra con estrógenos. O bien que los hijos e hijas de personas sin estudios no merecen una educación completa y adaptada a sus necesidades, verdadera puerta a la igualdad de oportunidades, sino unos conocimientos para salir del paso y perpetuar su condición social. Por no hablar del alumnado con diversidad funcional por aspectos sensoriales, motores o intelectuales; en este cajón se ha metido en ocasiones al alumnado "diferente", por

problemas sociales, emocionales, de conducta o, meramente, por dificultades de aprendizaje. Según esta tendencia segregacionista, su sitio estaría en un aula especial, o en un colegio especial, donde recibiría una atención especial, a cargo de un profesorado especial. Esta última afirmación, otra coartada de la hipocresía, ha servido para alejar de la escuela ordinaria y a las clases comunes a niños y niñas con dificultades de todo tipo y al que se ha obligado a adaptarse a la escuela existente, cuando lo lógico hubiera sido que la escuela se adaptara a ellos y a ellas.

Y, paralelamente, se siguen perpetuando centros de excelencia, para niños ricos, sanos y blanquitos, mercantilizando una formación de élite, bilingüe, a cargo de un profesorado de excepción, vendiendo incluso si es necesario todo un historial de antiguos alumnos que hoy en día ocupa pingües puestos en empresas del IBEX 35 o en puestos de envidia. De la calidad humana de estas personas, su implicación emocional, su solidaridad... de eso no se habla.

Jurjo Torres Santomé, muy crítico con introducir en la escuela términos como excelencia o competitividad, nos contaba la historia de su hija que acudía a una escuela pública de



Descomposición 3 (fragmento) / CAPILLA LÓPEZ DE VILLALTA

un barrio de población desfavorecida. Un día la vio llorar porque comenzó a llover y recordó que su compañero de pupitre vivía en una casa que tenía “el suelo de hierba y las paredes de plástico”. Así, descubrió que estaba aprendiendo a ser sensible ante la desgracia ajena. Hoy su hija está graduada en Informática pero a la vez tiene una importante acción social colaborando en numerosas organizaciones no gubernamentales. No es baladí que el libro más editado del catedrático gallego sea “El curriculum oculto”. Tal como afirma Torres, “el mejor legado del ser humano es aprender a ser persona, y considero que la escuela pública es el mejor espacio para conseguirlo”.

Cuando el 30 de abril de 1945 el ejército aliado entró en el centro de Berlín, horas después del suicidio de Adolf Hitler, los defensores de la escuela segregacionista comenzaban a ver perder su hegemonía. La escuela para todos y todas, abierta a la diversidad, integradora, normalizada, inclusiva, donde caben todas las necesidades, intereses, motivaciones, dificultades, credos, razas... esa escuela que queremos iniciaba su duro camino hasta el presente... ■